

DISCURSO EN LA CEREMONIA DE GRADUACIÓN. UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS
ADRIÁN DE PRADO POSTIGO, CMF
Domingo, 4 de junio de 2017

«Al bien hacer, jamás le falta premio»
(M. DE CERVANTES, *El rufián dichoso*).

Sr. Rector Magnífico,
dignísimas autoridades,
profesores y alumnos,
queridos compañeros de promoción,
señoras y señores todos:

Entre sus obras menos conocidas, Cervantes escribió una comedia de difícil clasificación titulada *El rufián dichoso*. En ella don Miguel representa de un modo harto original cómo Cristóbal de Lugo, un ladronzuelo sevillano, termina por convertirse con el paso de los años en fray Cristóbal de la Cruz, hombre de humildad probada y aclamada santidad. Cualquier parecido entre la historia de este pícaro devenido en santo y la nuestra será, con toda probabilidad, pura coincidencia. Presumo que ninguno de los que hoy nos graduamos entramos en esta universidad como *rufianes*, y tampoco creo que muchos salgamos de ella como santos. Pero estoy convencido de que algo importante habrá cambiado dentro de nosotros a lo largo de este tiempo, algo que ahora, al final de esta larga jornada del camino, nos permite reconocernos como personas nuevas y nos hace sentir *dichosos*, muy dichosos, como aquel trotamundos cervantino al término de su vida.

Fray Cristóbal estaba convencido de haber hallado en su conversión una puerta abierta hacia la felicidad. Al fin y al cabo —así lo pregonaba él—, «al bien hacer jamás le falta premio» (*El rufián dichoso*, v. 650). Lo sabía Fray Cristóbal y lo sabemos también nosotros. Lo saben el enfermero y el fisioterapeuta cuando por sus cuidados alguien logra ahuyentar el dolor y recobrar la salud. Lo saben el psicólogo y el trabajador social cuando por su atención alguien aprende a vivirse por dentro o a recuperar su lugar en el mundo. Lo saben el maestro y el traductor cuando por su sabiduría alguien descubre la alegría que alumbra el conocimiento o la riqueza que custodian las palabras. Lo saben el filósofo y el teólogo cuando por su profundidad alguien recibe con asombro el bien último de la vida o el misterio entrañable del amor que es Dios. Y lo sabe, en fin, el estudiante el día de su graduación, este día de solaz y alegría que es sin duda un premio hermoso para tanto bien hacer. Un premio que se prolongará en adelante, si atravesamos la puerta que aquí se nos ha abierto y lo aprendido en estas aulas se torna servicio solícito para otros, de suerte que esos otros puedan devolvernos algún día su rostro agradecido.

Todo este gozo que hoy vivimos como las primicias de un premio mayor se nos ha concedido no sin penas y caídas, sino más bien como una promesa de gracia anunciada en medio de nuestra pobreza. Es verdad: al bien hacer jamás le falta premio... pero no siempre alcanzamos a obrar tan bien como debiéramos. Cuando a fray Cristóbal ya le rondaba la muerte, muchos se le acercaban ponderando sus virtudes, su buen hacer, la huella positiva que su presencia dejaba en quienes lo rodeaban. Entonces él recordaba sus orígenes oscuros y sus muchas bajezas, las incontables veces en que, dentro de él, el bandido sobrepujo al santo. Pues, como bien recordó Sancho Panza al bachiller Sansón Carrasco —bachiller, como nosotros—, «cada uno es como Dios le hizo, y aun peor muchas veces» (*El Quijote* II, 4). No faltará en este día —y bien está que así sea— quien se nos acerque para felicitarnos por estos años y quizá también para valorar nuestras cualidades y agradecer nuestro trato. Ciertamente, la universidad instruye, ilustra, edifica y hace crecer en la virtud. Quien estudia a fondo, afanándose en descubrir la verdad junto a otros y para otros, evidencia en su rostro la belleza del ser humano que ama, busca, espera y sirve, aunque a veces lo haga baldía o torpemente. Familiares, profesores, personal de la universidad, compañeros, amigos: hoy aplaudís un logro particular y colectivo; pero, sobre todo, acompañáis a seres humanos concretos y a una comunidad de buscadores. A personas que, como el pícaro de la comedia, hemos de pedir perdón muchas veces, pues no podemos desprendernos de la propia sombra al caminar, pero, al mismo tiempo, tratamos de avanzar más allá de ella, peregrinando suave y humildemente hacia la Luz que humaniza y eleva el corazón.

Aunque resultaría largo, sería también muy significativo que todos nosotros pudiésemos subir hoy aquí a dejar un último mensaje antes de concluir nuestro paso por la universidad. Me cabe hacerlo a mí en nombre todos y creo que coincidiré con vosotros en una única palabra: «Gracias». Muchas gracias. El premio no depende sólo del bien hacer de uno mismo, sino muy especialmente del buen obrar con que otros nos regalan. Siempre es más lo recibido que lo que llegamos a ofrecer, pues las manos que se abren para dar terminan colmadas. Cada uno se llevará prendidos en la beca algunos nombres propios —quizá muchos— y los recordará —quizá por siempre— con suma gratitud. El aplauso que vendrá cuando yo termine de hablar, vaya para todas esas personas que hace unos años eran anónimas para nosotros y cuyos nombres pronunciamos ahora con cariño y con mayúscula.

A estas andanzas estudiantiles que hoy llegan a su fin para nosotros les sucederán otras admirables y muy encumbradas empresas, como diría don Quijote. Miradas las cosas con amplitud, lo cierto es que se es universitario para toda la vida. Si Dios nos da salud y cada uno avivamos la pasión por seguir buscando, aprendiendo y sirviendo, hallaremos en nuestra vejez una hoguera encendida hecha de los muchos troncos que habrá cortado nuestro bien hacer. Una hoguera que podemos disfrutar ya ahora como premio si confiamos radicalmente en la bondad del ser humano, del mundo y de Dios; si tenemos fe... pues, sábetelo, amigo Sancho, que la «fe es la virtud que nos hace sentir el calor del hogar mientras cortamos la leña».

Enhorabuena por tanto bien; que su mucho fruto sea nuestro premio. Muchas gracias.